

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

En el meeting.



—¿Qué comen los obreros, trabajando,
mal comparao, lo mesmo que unos bueyes?
¡Repollo y porquerías que no paran
más de cinco minutos en el vientre!

(LÓPEZ SILVA.)

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Los ingleses de Meneses, por Juan Pérez Zúñiga.—Pena de azotes, por José Estremera.—El gran impotente, por Jacinto Octavio Picón.—Madrigal, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: En el meeting, por Cilla.—Pena de azotes, cuadro de Galofre, grabado directo.—Miscelánea (siete viñetas).—Una desgracia (ocho viñetas), por Cilla.



Por más esfuerzos que viene haciendo el Sr. Vincenti, director de Instrucción pública, no ha logrado todavía que los maestros de escuela cobren sus haberes con puntualidad.

Amenazas á los ayuntamientos, órdenes severas, maldiciones ad-

ministrativas: nada ha influido en el corazón de los alcaldes, y éstos continúan sin pagar.

Hay maestro rural que viene alimentándose hace tiempo con piltrafillas de criatura; y cuando el hambre le atormenta, coge á un alumno y le mete el diente.

Los niños llegan á su casa con chirlos de más ó menos consideración.

—¿Qué es eso, hijo de mi vida?—preguntan las mamás asustadas.

—Es D. Canuto, el maestro, que nos muerde—responden los niños.

Sólo así se logra que continúe la enseñanza pública: los niños se ilustran, pero á costa de sus carnes; y algún discípulo previsora llega hasta el punto de guardar en el bolsillo un puñado de garbanzos, á la hora de comer, para obsequiar con ellos á su profesor y guía.

—¿Son para el loro?—se le pregunta; y contesta el niño:

—No, señor; son para el maestro.

Otro niño no hace más que levantarse y se encara con la criada para decirle:

—Oye, Pepa, guárdame las mondaduras de las patatas, si es que tú no las usas.

—¿Para qué las quieres?

—Para que se las coma el maestro.

Conocemos el caso de un pobre profesor de primeras letras á quien remitió cierto amigo suyo de Madrid una partida de harina lacteada á fin de que fomentase su venta en la localidad. El desgraciado vió la harina, y á falta de otro alimento, se la comió en menos de una semana.

Después decía melancólicamente:

—¡Dios mío! ¡Qué sorpresa va á tener mi corresponsal de Madrid cuando sepa que he vuelto á la lactancia!

¡Cuánto se han divertido las jóvenes modestas de corazón sencillo y mirada dulce!

El día 2 de Mayo, con sus misas al aire libre, su procesión cívica y su desfile militar, proporciona anualmente grata distracción á las criaturas de buena índole.

Las mamás se ven obligadas á salir á la calle, aunque no tengan las botas en buen estado; pero es preciso dar á la juventud lo suyo. Además, en días así, los sentimientos generosos se excitan, y hay joven que ante el ejemplo patriótico que nos legaron las víctimas, se enamora en el Prado de una chica modesta y acaba por hacerla su esposa.

Nosotros hemos encontrado el miércoles varios grupos encantadores cerca del obelisco: una mamá con manteleta y sortijillas; un papá con gabán color de pasa y sombrero alto de ala comprimida; una joven espiritual, hija de entrambos á la vez, con vestido de lana salpicado de flores cordiales y capota verde en forma de besu-

guera. Al lado de ésta un pollo, de la clase de escribientes terceros, que lucía un chaquet color de tórtola destefada y un sombrero verde de mar. Paseaban alegremente por delante del obelisco: él prodigando á su amada frases cariñosas; ella hiriendo suavemente con el abanico el hombro de su enamorado doncel, y llamándole «malévolo» y «falaz» en voz baja. Los papás diciéndo para sí:

—El año que viene, si sigue Becerra, ya habrá ascendido á este muchacho y se casará con la chica.

El joven tenía que cumplir un deber ineludible: el de convidar á sus futuros suegros.

—Vamos, tomen ustedes algo—decía él.

Y contestaba la mamá de la chica:

—Robustiano, no es despreciarle á usted, pero no tomamos nada, porque acabamos de almorzar, como quien dice.

—Además, en un día como éste, las aguadoras abusan del público—añadía el padre.—El año pasado vine con éstas, y me cobraron treinta y cinco céntimos por tres vasos de agua, un merengue y dos palillos de enebro.

La chica se acerca al oído de Robustiano y le dice cariñosamente:

—Cielín, no gastes, porque tú en teniendo dinero, no te puedes contener. Ya sabes que mamá es de mucha comida, y en cuanto ve los alimentos, se ciega.

Robustiano insiste á pesar de todo y el grupo se instala delante de un velador inquieto y desnivelado, donde bien pronto aparecen las sabrosas rosquillas de Santa Clara, el límpido vaso de cristal que contiene el agua fresca y el sustancioso al par que delicado merengue. Entonces los papás de la niña se persuaden una vez más de que aquél es un joven digno, espléndido y de buena educación.

—Fíjate en Robustiano—dice la mamá al oído de su esposo.

—¿Qué?

—Come los merengues con el cuchillo. Eso prueba que ha nacido en buenos pañales.

—¡Ya lo creo! Como que su padre se ha criado con Becerra y al chico le sacó de pila el conde de Becerril, hijo de Becerreá.

Los papás continúan contemplando con delicia á su futuro yerno: la joven se siente cada vez más subyugada por Robustiano, y éste hace que el entusiasmo de aquella familia llegue al colmo cuando dice con acento solemne:

—Doña Pancha, don Eleuterio, les he traído á ustedes aquí para decirles que pueden ir haciéndole la ropa á Laurita. Yo quiero casarme antes del verano...

—¿Qué dice usted?—exclama el padre fuera de sí.

—Que me han ascendido á ocho.

El papá estrecha contra su corazón la mano del joven; la mamá le dirige una mirada de infinita ternura y la chica se enjuga una lágrima que le rueda silenciosa por la nariz.

Robustiano, ebrio de felicidad, se come otra rosquilla de Santa Clara. ¡Éste sí que es una verdadera víctima del 2 de Mayo!

Luis Taboada.



LOS INGLESES DE MENESES (1)

Tiene 5 en Alcorcón,
16 en Castellón,
8 en Murcia, 9 en Soria,
2 docenas en Vitoria
y otros tantos en Gijón.
13 en Cádiz, 7 en Trillo,
5 6 6 en Ribadeo,
3 docenas en Trujillo,
4 en Cangas de Tineo
y otros 4 en Astudillo.
19 en Avilés,
38 en Leganés,
17 en Almería,
22 en Rentería
y en Getafe 23.
29 en Estepona,
12 en Pola de Laviana,
110 en Barcelona,
36 en Tarazona
y otros tantos en Chiclana.

19 en Arjonilla,
3 en Sos, 5 en Estella,
900 en Sevilla,
17 en Minglanilla
y 11 en Navalagamella.
25 en Sanchidrián,
12 en Lillo, 4 en Huete,
38 en Almazán
y en Alcázar de San Juan
26 6 27.
En Miranda 9 6 10,
31 en Valdemoro,
400 en Jerez,
8 en Burgos, 5 en Toro
y otros 5 en Aranjuez.
Y si hoy cien comarcas llenas
de ingleses tiene Meneses,
¿tendría algunas docenas
cuando dice que hoy apenas
si ya le quedan ingleses?

Juan Pérez Zúñiga.

(1) Hay que hacer la aclaración de que el Meneses nombrado en esta composición no es el platero afamado. (Nota de la Redacción.)

Peña de azotes.



(Cuadro de D. F. Galofre Oller.)

A ÁNGEL R. CHAVES

Caballera en un pollino
va Menguilla la de Yepes,
desnuda de medio cuerpo,
suelto el bosque de las liendres.
Esposas lleva en las manos,
que es justísimo que venguen
á las que por ella vieron
á sus esposos infieles.
Á la vergüenza la sacan,
aunque ella probado tiene
que no ha habido cosa alguna
que en el mundo la avergüence;
que ella perdió la vergüenza
siendo moza, para siempre,
y no podrá la justicia
hacer que la recupere.

Ella fué la más famosa
entre todas las mujeres
de garabato y de toldo
y de rumbo y de jalbegue.
Fué centro de agarradores
y chulamos y traineles,
y arrecife en que varaban
indianos y ginoveses.
Pasaron por sus estrados
corregidores y jueces,
porque ella prendió amorosa
á los mismos que hoy la prenden.
Era gallarda y garrida;
pero, por su mala suerte,
sus amores la llevaron
á Antón Martín muchas veces.

Y ya vieja y achacosa
con todos esos vaivenes,
lo que ganaba en arrugas
lo perdía en pretendientes.
Tal la pusieron los años
y otras varias pequeñeces,
que no era ya golosina
ni aun de hampones y corchetes.
Como perdía de pasa
lo que ganó de uva verde,
vistióse monjil y toca
de abadesa de burdeles.
Como rompió voluntades
de muchas honradas gentes,
púsose luego á zurcirlas,
que fué delinquir dos veces.

El salir á la vergüenza
no la inmuta ni conmueve;
antes murmura entre encías
por no poder entre dientes:
«¡Buen chasco se están llevando
los que han querido imponerme
pena afrentosa, que no hay
cosa alguna que me afrente!»
Y al verdugo que la azota
le dice: «No des muy fuerte;
antes piensa que, al pegarme,
acaso á tu madre pegues.»
Y así pasó entre la vaya
y la grito de las gentes
la que mina halló en indianos
y largueza en ginoveses.

José Estremera.

El gran impotente.

Fructuoso Cupón era un tipo vulgar, un hombre como hay muchos, medio bueno, medio malo, bueno sin grandeza, malo sin valor, generoso á ratos, mezquino á días, indiferente por costumbre, carácter desigual y borroso, mezcla heterogénea de virtudes apocadas y vicios reprimidos que indistintamente le impulsaban á favorecer al prójimo ó á regocijarse de su daño, y aún á procurarlo á veces cuando la responsabilidad ó el escándalo no pusieran su provecho en peligro. Su cualidad más digna de elogio era el amor al trabajo. Desde pequeñuelo comenzó á ganarse la vida no sólo con el sudor de su frente, sino con el de todo el cuerpo, porque fué mozo de carga, mandadero de un tratante en granos, lancero de tahona, y luego encargado del mostrador de una panadería, donde hizo tantos números, ahorró tantos meses de salario y prestó á sus compañeros en tales condiciones, que pasó pronto de proletario á burgués.

El vivir entre trigo fué para él de buen agüero: comenzó moviéndolo con la pala y acabó llevándolo en el bolsillo. Enriquecióse, y como no era tonto, al enriquecerse se afinó y educó lo bastante para que no recordasen su bajeza de origen los que la sabían, ni la sospechasen los que la ignoraban.

Al ganar caudal fué perdiendo ordinariéz, sirvióle de pulimento el oro, aficionóse á la cortesía, adquirió buenos modales y hasta cobró afición á la lectura y el estudio, desplegando tal facultad de asimilarse todo lo que podía ennoblecerle y educarle que su transformación fué radical y completa.

Quedóle, sin embargo, un defecto, mejor dicho, perseveró en un error quizá disculpable porque de él arrancaba su prosperidad.

Pensando, desde chico, que en el mundo el dinero lo es todo quiso ser rico, y luego que lo fué siguió aferrado á su preocupación.

Era de los que creen á pie juntillas en la brutal y despiadada omnipotencia del oro. Amistad, influencia, bienestar, cariño, consideración y amor le parecían mercancías más ó menos caras en la compra de las cuales pueden servir de mediadores el trabajo, la honradez, la constancia, la astucia y hasta la delicadeza, mas todo y siempre supeditado al dinero en distinta cantidad, según los casos. Para Fructuoso Cupón el mundo era una Bolsa grande y la Bolsa un mundo chico: nada existía que no fuera cotizabile. No había, según él, mala situación que no se aliviase con bienes materiales, ni alegría que no aumentara con ellos, ni dificultad que no superasen, ni virtud que no pusieran á prueba. En la aplicación de estas ideas era maestro, pues sabía perder lo menos para conservar lo más, arrepentirse ó arriesgarse á tiempo, fiar al honrado, precaverse contra el pillo, y partir ganancias con todos, dándose con la menor parte por pagado y contento cuando el sentar plaza de desinteresado pudiera valerle en lo porvenir más de lo que arriesgase al presente. No vivía esclavo del vil placer de atesorar sin objeto, no era su error el de adquirir á todo trance para conservar estérilmente lo adquirido: su pecado consistía en creer que todas las puertas se abren con llave de oro, y dádivas quebrantan peñas. Decía que, pues juguetes seducen al niño, amoríos al mozo y vanidades al hombre, todos se venden; que á veces quien en apariencia regala, en realidad compra; que no hay en la tierra traición que no exija precio ni virtud que no espere pago.

Lo que le preocupaba y en lo que veía dificultades para triunfar, unas veces de la codicia y otras de la honradez, era el cuánto y el cómo; sosteniendo, finalmente, que nada hay imposible para el hombre que sabe hacer al interés ajeno cómplice del deseo propio.

A pesar de tales ideas, poco antes de cumplir los cuarenta, ya can-

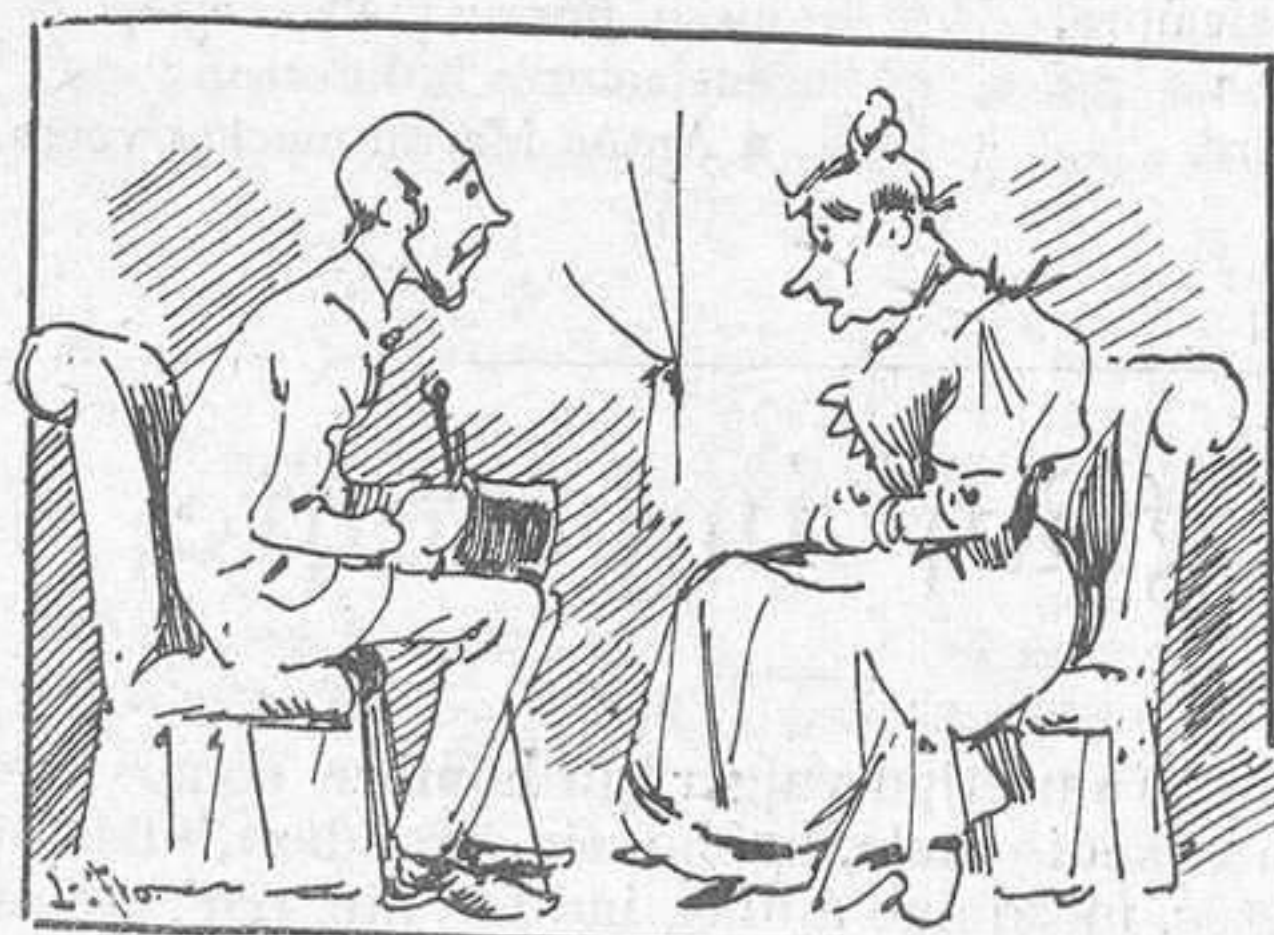
Miscelánea.



Antes que los museos y los bazares y la casa de fieras y el Buen Retiro, deben los forasteros ver estas chicas que han de alegrar las fiestas de San Isidro. Y al revés de la fuente que tiene el Santo, también por milagroso raro prodigio, suelen dar, al que viene sin calenturas, una fiebre de padre muy señor mío.



—Muy bien, chico; ajustado de entonación, correcto de dibujo... ¿Qué altura tiene?
—Cincuenta centímetros.
—Pues puedes pedir sin inconveniente á peseta por centímetro.



—Pues sí, doctor, tengo el cuerpo materialmente plagado de granos. ¿Quiere usted verlos?
—No, señora, no; muchas gracias.



—¿La Felisa en un palco con un sujeto?
¡Ya veo que me tiene poco respeto!

sado de infelices y perdidas que le fingieron amor á tanto por noche ó cuánto al mes, halló una mujer guapa, inteligente, de buena familia, que tenía algo, y se casó con ella mediante todas aquellas formalidades civiles y canónicas que, si no son garantías de felicidad, tampoco sirven, cuando llega el caso, de remedio á la desgracia.

Hasta casándose hizo negocio, pues los gastos de la boda y reforma de la casa, mas lo que asignó para alfileres á Lucía, teniendo en cuenta lo aportado por ella al matrimonio, no ascendió á la cantidad que antes empleaba en procurarse malamente la ilusión del amor. Los dos primeros años de matrimonio fueron de dicha completa; al tercero se le vino encima la desgracia.

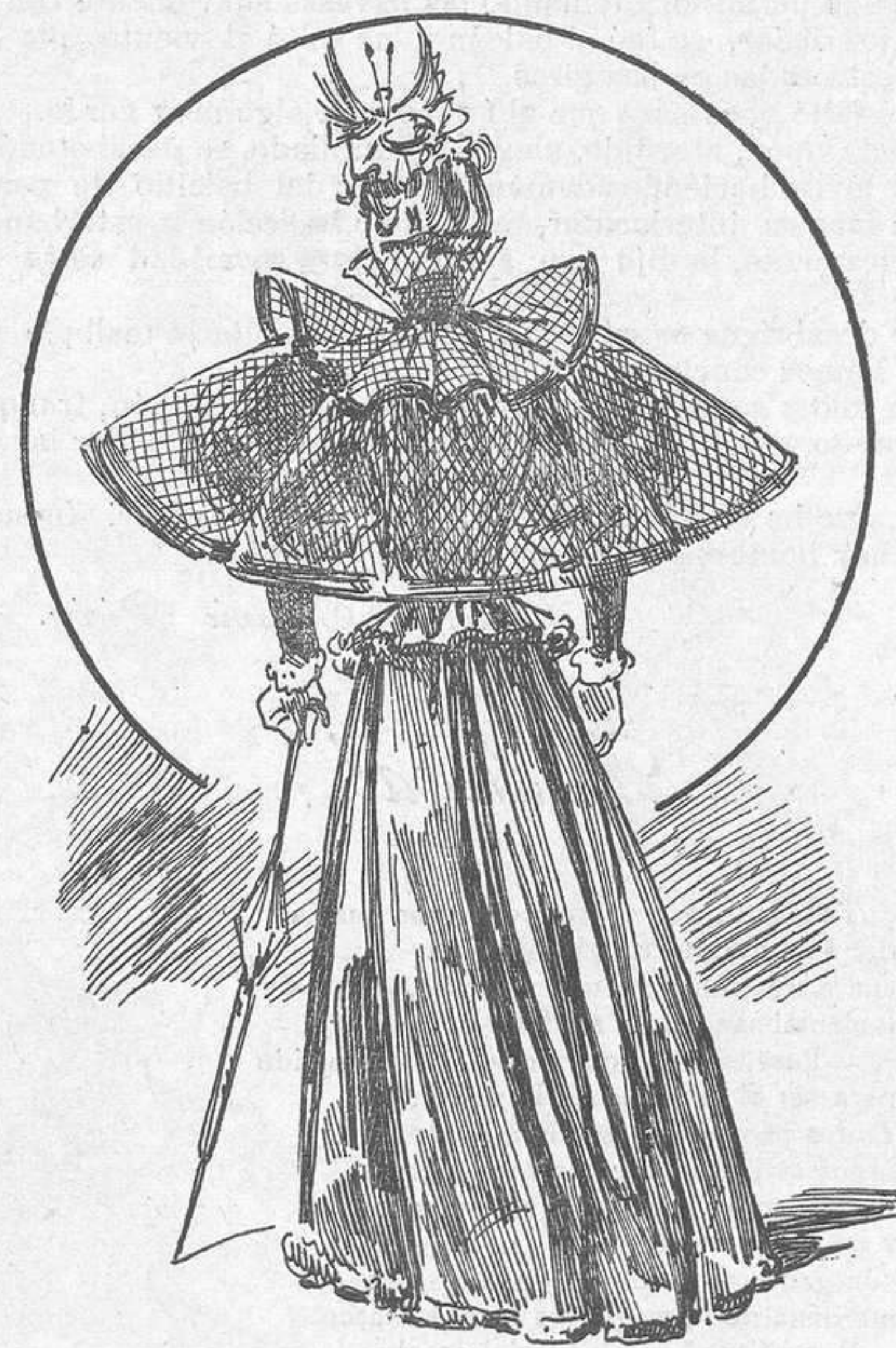
Una mañana, al abrir el correo, recibió un anónimo que decía poco más ó menos lo siguiente:

«Lucía ha tenido un amante antes de casarse contigo: él vive y tiene cartas de ella. Algún negocio te había de salir mal.»

En los primeros momentos se le saltaron las lágrimas de pena y de dolor; luego la tristeza se convirtió en ira, y por último, como en realidad Lucía no le inspiraba verdadera pasión, todas sus ideas convergieron á un solo punto: el miedo al ridículo, el temor á la deshonra. Al antiguo mozo de tahona tal vez no le hubiese importado mucho la desdicha conyugal; para el opulento capitalista don Fructuoso Cupón el disgusto fué formidable. Pero á grandes males resoluciones prontas. Las suyas fueron ante todo comprobar la horrible noticia y luego rescatar aquellas cartas. Otro hombre más enamorado ó más fogoso hubiese buscado en seguida al primer amante de Lucía, arrancándole por buenas ó malas los malditos papeles. A Cupón no se le ocurrió más que comprarlos: primero con astucia si era posible, para que le saliesen baratos; después, si no había otro remedio, dando cuanto le pidiesen. Logrado esto, destruídas las pruebas, el mal estaba sofocado. Si los murmuradores



—¿Conque los burgueses solemos perder á las hijas de los obreros? ¡Ay! ¡Como se equivoca, desgraciadamente, el compañero Iglesias!



¡Anda, salero!
¡Ya salen las mujeres con mosquetero!



Sombrero de campana, corbata grande, los pantalones amplios, chaquet cumplido, las guías afiladas, botines blancos, cuello de pajarita de diez centímetros... ¡Y á ver si hay corazones que no se rindan! ¡Y á ver si piensa y dice ningún nacido que ha creado la madre Naturaleza nada más elegante ni más bonito!

de oficio dijese que la infidelidad era posterior al matrimonio— como la cosa es tan vulgar,—fácilmente pudieran ser creídos; pero tratándose del tiempo en que Lucía estaba soltera, la acusación tomaba visos de calumnia.

Marido y mujer tuvieron una explicación tristísima: él, cogiéndola de improviso, le puso el anónimo ante los ojos, y ella, sorprendida, aterrada al ver descubierto lo que suponía ignorado, cayó al suelo sin sentido. Luego, vuelta en sí del desmayo, lo confesó todo. Sí; era verdad. A los veinte años tuvo un profesor de piano de poca más edad que ella, con quien la dejaban sola ratos muy largos... ¿Fue amor? ¿Fue esa mezcla amistosa de simpatía y de piedad que acerca tantas veces la mujer rica al hombre pobre? Ambos imaginaron que los padres de Lucía consentirían en la boda... Pasaron unos cuantos meses, siguieron las lecciones cada vez más largas, y, un día, al volver la mamá de casa de la modista, donde había per-

manecido tres horas, sorprendió á su hija diciendo y escuchando frases que revelaban un amor loco y una deshonra cierta. La madre se inclinaba á perdonar: al padre no se le dobló de ningún modo. Lágrimas, ruegos, súplicas, todo fué inútil. Si la culpa hubiese tenido consecuencias de cierto género... tal vez: no siendo así, aquel caballero se mostró inexorable. El músico fué arrojado á la calle, Lucía pasó fuera de Madrid una temporada larga, y además se resolvió que si, andando el tiempo, alguien, como era de esperar, pidiese su mano, ella misma rechazara toda proposición de matrimonio. Fingiría vocación religiosa, ambición desmedida, amores contrariados...

—Luego, pasados cinco años—Lucía acabó diciendo á su marido: —te presentaste tú... te quise... no supe resistir ni vencerme, mis padres fueron débiles... temí perderte si me confesaba contigo... La pobre mujer cayó de rodillas, sollozando, á los pies de Fruc-

tuoso Cupón, el cual, levantándola casi cariñosamente del suelo preguntó:

—¿Y qué pruebas hay de eso? ¿Podría hoy alguien deshonrarnos probándolo? ¿Quién lo sabe? ¿Cometiste alguna imprudencia que dejara rastro?

—Sólo él lo sabe... y es incapaz... ¡No! no creas que le recuerdo como amante. No adivino quién puede haberte escrito esa carta.

—¿Y tú escribiste á ese hombre alguna vez?

Lucía dudó un instante y en seguida contestó con noble franqueza;

—Sí, dos cartas: una al principio, porque estubo enfermo, y otra cuando aquello se acabó... despidiéndome de él.

—¿Nada más?

—Nada más: te lo juro... nadie puede saber nada.

—Lo sabe quien haya escrito el anónimo, y ¡lo sabe él!—añadió Fructuoso con una entonación extraña en que palpitaban la ira, el odio, la indignación, todo menos los celos.

Luego, marido y mujer hablaron fría y reposadamente de *aquello*, casi en calma, ella disculpándose con cierta entereza propia de un carácter leal: oyéndola, parecía mentira que semejante mujer hubiese sabido callar y tener oculta la falta tanto tiempo: él se iba apaciguando por grados; algunas frases las pronunciaba con serenidad y pasmosa sangre fría, cual si se refiriese á una desdicha ajena. Por último dijo entre dientes:

—Yo procuraré arreglarlo. Veremos... todo, todo menos el escándalo.

Pasados tres ó cuatro días y previo un sinnúmero de averiguaciones, en que ella le ayudó y que él hizo con la más discreta prudencia, Fructuoso se presentó en casa del hombre á quien en sus monólogos llamaba lisa y llanamente *el otro*.

Bastóle ver la habitación donde fué recibido para comprender que ni aquel hombre tenía un cuarto, ni acaso lo tuvo nunca. Allí no existía cosa que denotase comodidad presente ni fuese resto de bienestar pasado. Las esteras estaban hechas jirones, las butacas desvencijadas, en lugar de brasero había un gran barreño con señales de ceniza, pero tan lleno de mil cosas rotas, polvorientas y desechadas por inútiles, como clavos torcidos, botes sin tapa, hebillas, un calzador y dos tazas, que claramente indicaba no haber sido utilizado para encender fuego desde mucho tiempo atrás. En la habitación contigua se veía un catre de hierro con un solo colchón, por mesa de noche una silla cargada de libretos y sobre ellos una palmatoria de cobre cuajada de verdosas manchas de esperma. Las paredes desnudas tenían por único adorno algunas estampas de periódicos pegadas con obleas. Del cajón entreabierto de una cómoda salía una manga de camisa mal planchada mostrando un puño ribeteado con cinta para encubrir el borde desfilachado, y de una percha de hierro pendían unas cuantas ropas deslucidas, sobre las cuales resbalaba la luz bañando de implacable claridad pantalones con rodilleras, cuellos raídos, solapas lustrosas, ojales desgarrados y botones que casi se columpiaban de un hilo.

La jaula no podía ser más fea y pobre; pero el pájaro era un buen mozo, lo que se llama un hombre guapo: alto, de gallarda figura, mirada inteligente, modales finos y hasta elegante y limpio, si la elegancia y la limpieza fuesen compatibles con la despiadada pobreza en que vivía.

El desconocido, que sabía quién era Fructuoso Cupón y con quién estaba casado, recibió al verle impresión en extremo desagradable, mitad temor, mitad sorpresa; pero repuesto de aquél y dominada ésta, le dijo cortésmente:

—Tome usted asiento... si hay silla que no esté rota.

—Vengo á tratar con usted un asunto grave... de carácter privado... íntimo, y desde ahora le ruego la mayor circunspección y prudencia.

—Esto podrá no ser casa—repuso el visitado,—pero yo soy caballero.

—Y yo, además de caballero, hombre práctico; de modo que le molestaré á usted poco y hablaré claro.

—Estoy á sus órdenes.

—¿Usted ha dado por espacio de diez ó doce meses, hace unos cuantos años, lección de música á una señorita que no hace falta nombrar y que vivía en la calle del Desengaño?

—Sí, señor.

—¿Sabe usted que esa señorita se casó hace dos años?

—Sí, señor.

—¿Es cierto que usted abu... no quiero calificar... perdone usted... en fin, que tuvo usted amores con ella?

—No siga usted. En nadie reconozco derecho para someterme á semejante interrogatorio.

—Hombre, la forma... por fuerza he de preguntar. Luego... Es inútil negar. Yo sé todo lo que pasó entre ustedes. Repito que no quiero hacer apreciaciones... molestas; pero, fuese por lo que fuese, extravió de pasión, pecado de juventud atolondrada ó locura momentánea, ello es que de esa señorita tiene usted y conserva dos cartas... y ella hoy... está casada.

—Le han engañado á usted.

—No, señor; usted las tiene, y en fin... sin ofenderle á usted, yo, invocando, por una parte, su caballerosidad y, por otra, deseo de llevar paz y reposo al ánimo de un .. esposo que pudiera verse deshonrado si esas cartas cayesen en manos menos delicadas que las de usted, le pregunto sin rodeos: ¿Quiere usted entregármelas y yo me encargo de... de probarle una gratitud... tan grande como el favor que pido?

El antiguo amante de Lucía, conmovido por la incertidumbre y la angustia que vió pintadas en el semblante de Cupón, repuso:

—No he tenido... ó no me acuerdo de haber tenido semejante...

fortuna, ni sé á punto fijo si tengo tales cartas; pero si las tuviese sólo á *ella* se las entregaría ó á su padre... en una palabra, á alguien que las quemase en mi presencia: no las devolvería para que pudiesen servir de arma contra ella... las destruiría... poniéndome á las órdenes de quien me hablase fuerte, porque en aquella falta el único culpable hubiera sido yo.

—¿Y usted devolvería ó quemaría las cartas?

—Si existiesen...

—Pues bien, caballero—exclamó Fructuoso bajando vergonzosamente los ojos,—yo soy su marido... Lo de las cartas lo supe hace tres días; un anónimo... Si usted hace eso que ha dicho... Tratarnos... ¿como hemos de tratarnos? eso no, pero yo le demostraré...

—A usted no se las doy. Repito que entregarlas sólo á ella ó á quien no pueda utilizarlas nunca ni en ningún caso contra ella.

Quedóse un punto pensativo al llegar aquí, y añadió en seguida:

—Ya me figuro por quién lo ha sabido usted. Aquí entra cuando quiere una mujer buena, pero demasiado celosa, es decir, no es tan buena como parece... en fin, yo me encargo de que no vuelva á pensar en tal señora ni en tales cartas.

—¿Y va usted á quemarlas ahora... delante de mí, aquí mismo?

En las palabras de Fructuoso palpitaba tal emoción, lucía tal inquietud en sus ojos é imploraba con acento tan humilde, que aquel hombre no quiso prolongar su incertidumbre.

Entró en la alcoba, abrió un cofre y tras revolverlo durante algunos minutos, volvió trayendo en la mano dos cartas aún metidas en sus respectivos sobres. Fructuoso hizo ademán de ir á tomarlas, pero *el otro* le apartó suavemente diciendo:

—Veá usted la letra... Leer, ni una palabra.

—¡Es su letra! ¿Y no hay más?—repuso tristemente.

—Nunca me escribió más: mi palabra de honor.

En seguida, volviendo á entrar en la alcoba, salió con la palmatoria encendida, y al tomar cuerpo la llama de la vela, sacó de los sobres y quemó una tras otra ambas cartas, cuyas pavesas fueron cayendo al suelo roídas y serpeadas por inquietos puntos y líneas de fuego, donde acaso revivió un instante el ardor de la pasión que en otro tiempo las dictara.

Fructuoso Cupón quiso pisarlas para acabar de destruirlas, pero *el otro* no se lo permitió, y tomando las pavesas suavemente con las puntas de los dedos, se fué al balcón y las soltó al viento, que las arrebató destrozadas en sus giros.

Entonces faltó poco para que allí sucediese algo muy gordo.

Fructuoso Cupón, aturdido, alegre y humillado, se desabotonó el gabán y la levita haciendo ademán de sacar del bolsillo de pecho la cartera; mas su interlocutor, tomándole la acción y estorbándose energicamente, le dijo con amenazadora severidad estas palabras:

—¡No se desabrigue usted aquí... que podrá sentarle mal! ¡Se me figura que hemos concluído!

Quedóse solo y satisfecho: marchóse Fructuoso Cupón, tranquilo y asombrado, diciéndose en el colmo del estupor al bajar las escaleras:

—¡Nada... no ha querido nada! ¡Y como vive el infeliz! Indudablemente, hay hombres que desprecian el dinero!

Jacinto Octavio Picón.



Madrigal.

Trepando por el tronco de una acacia
donde en confuso pelotón vivía
una oruga infeliz, mientras subía,
lamentábase así de su desgracia:

—Pues, señor, ¿qué pecado he cometido
para ser el escarnio de la suerte?
Todos procuran destruir mi nido,
todos se juntan para darme muerte.

Inspiro á todos repugnancia y asco,
y no hay un transeunte que no quede
con ganas de pisarme; y si no puede,
me llena de improperios por el chasco.

Por milagro me libro del acecho,
y si subo á las rosas más hermosas,
las ensucio también... ¡Capaz me han hecho
de quitar la belleza hasta á las rosas!

En esto, mi morena interesante,
llena de garbo, de frescura y gracia,
hizo punto al monólogo al instante
pasando por debajo de la acacia;
y como hasta lo ruin ama lo bello,
la vió la oruga y se lanzó á su cuello.

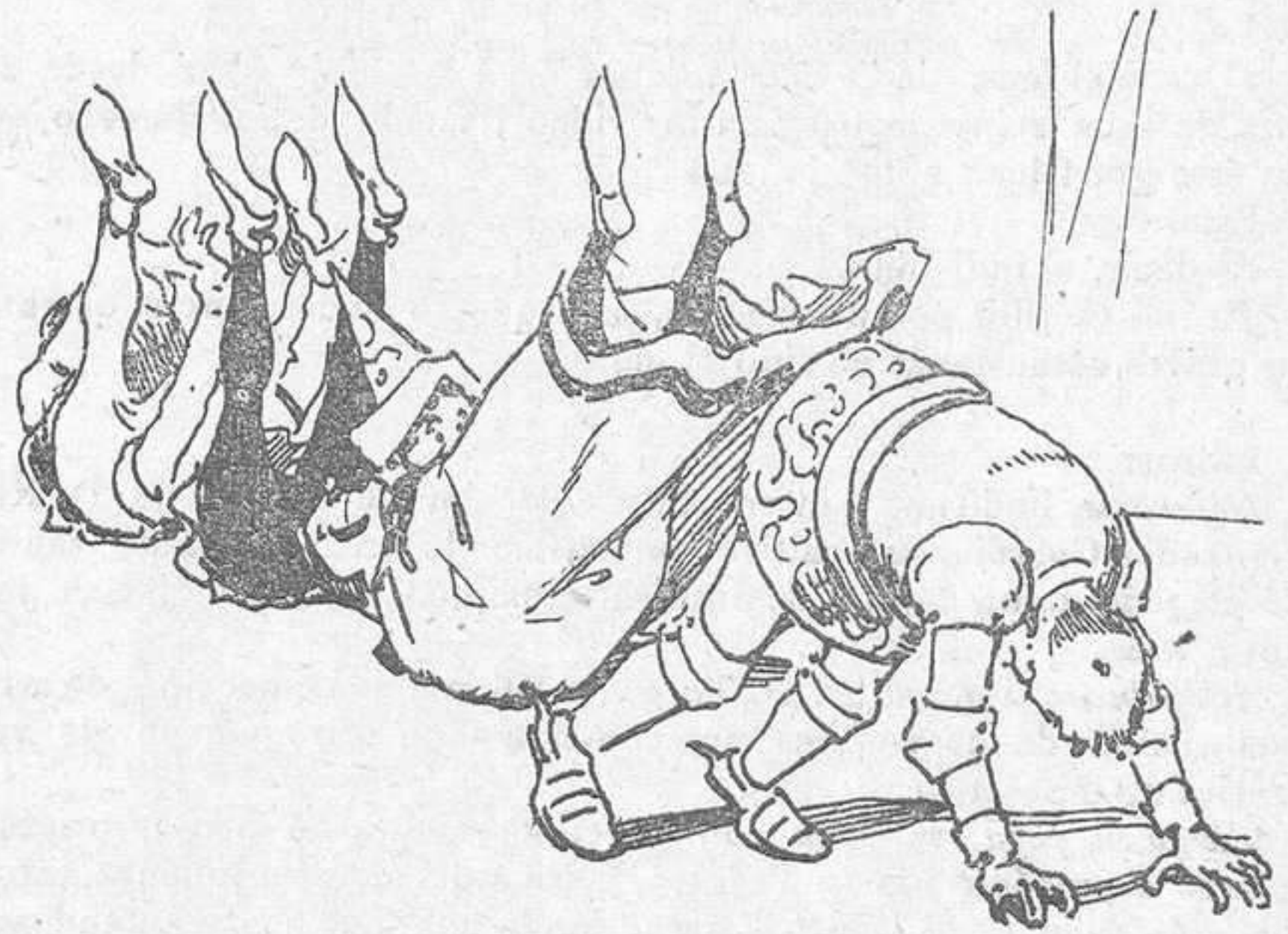
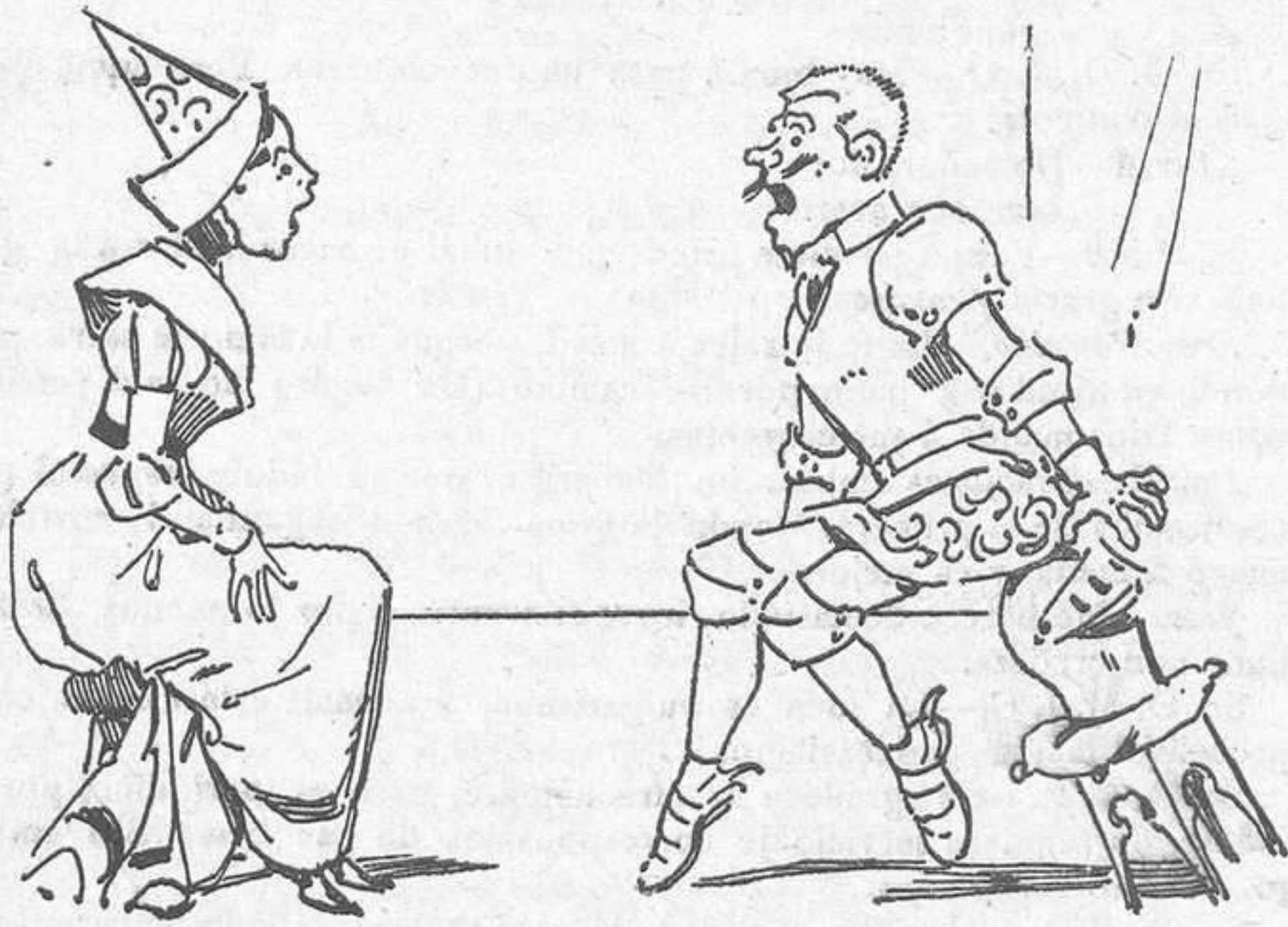
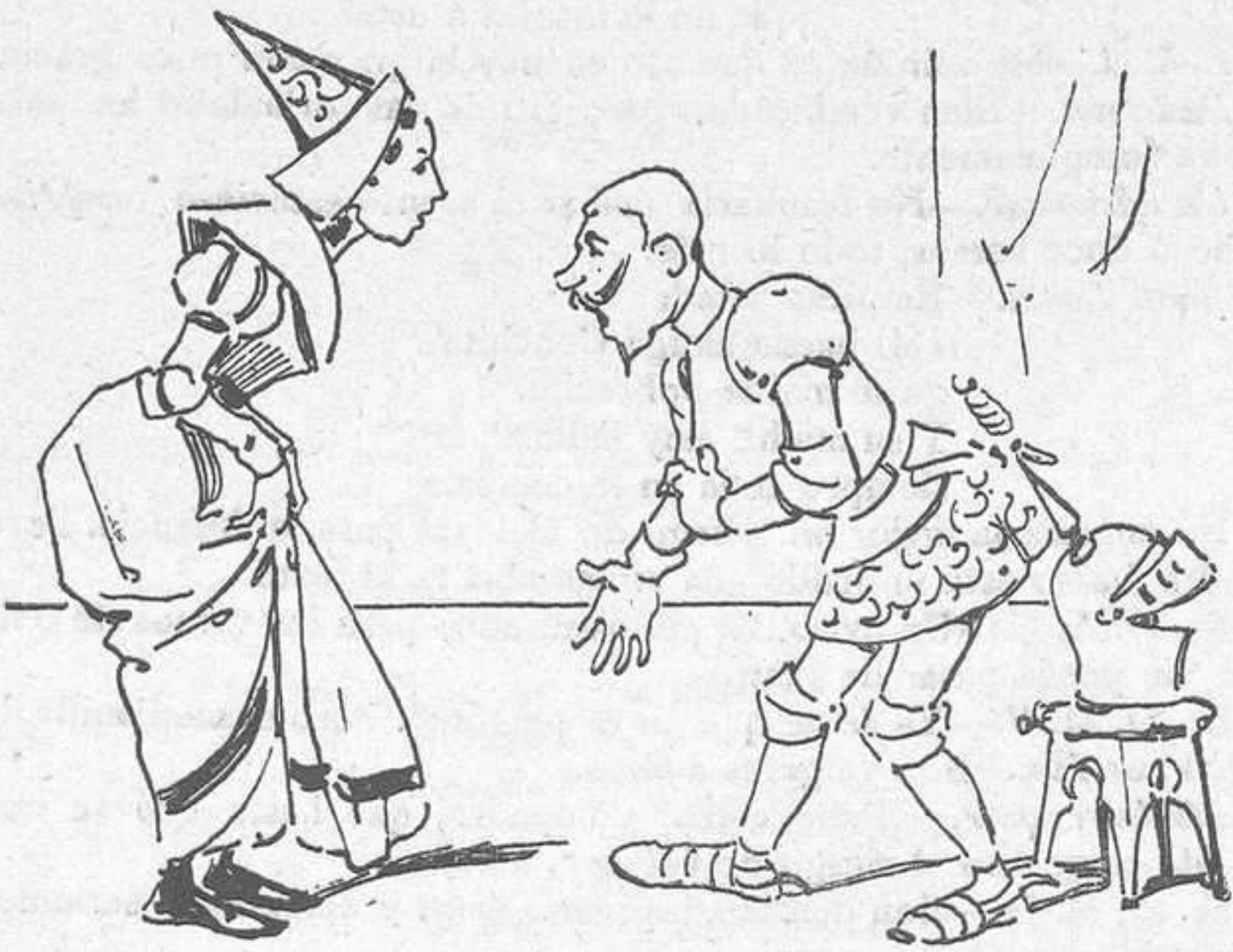
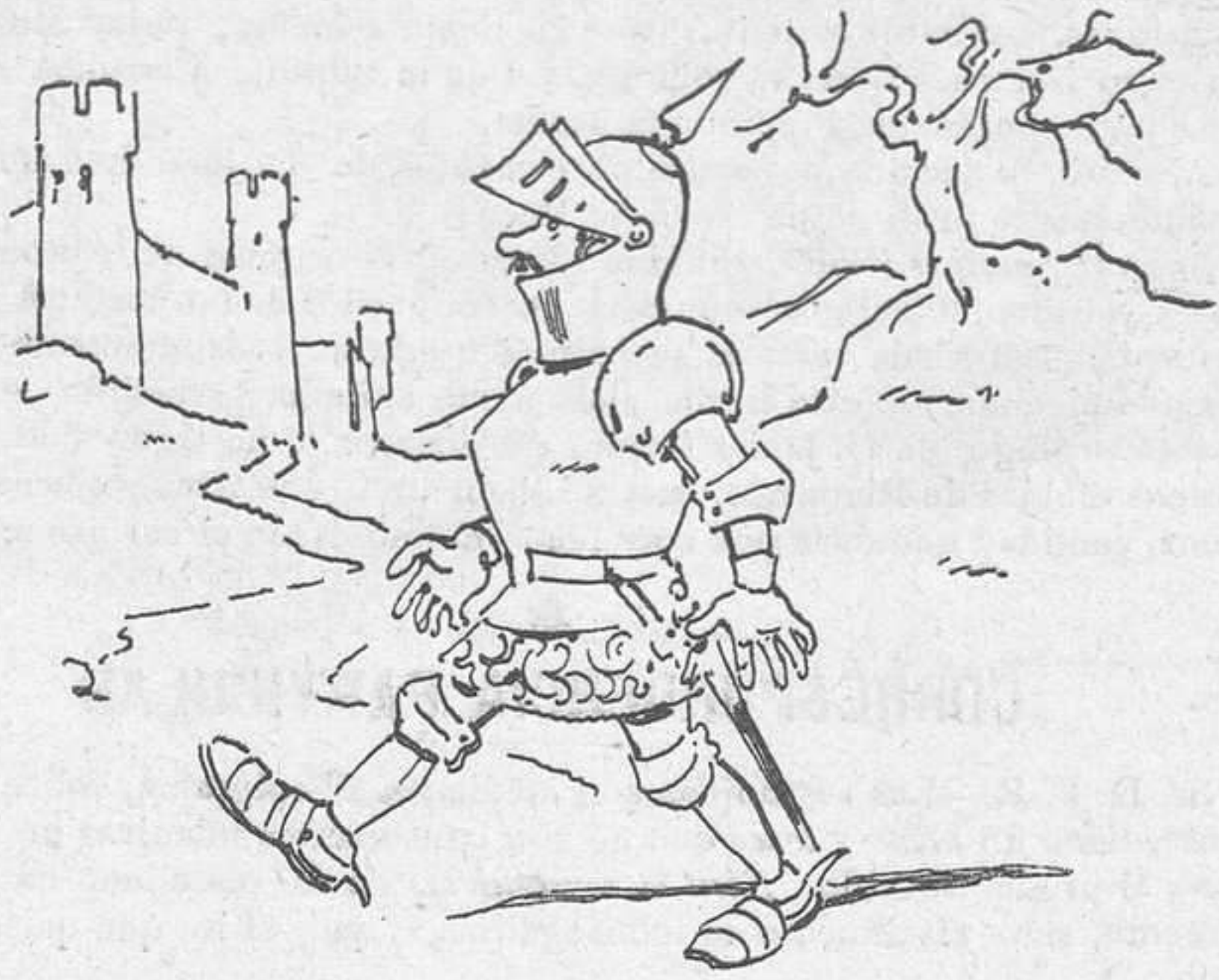
Al rozar suavemente, de pasada,
aquella tersa piel, fresca y rosada,
exclamó el pobre bicho:

—Me arrepiento, Señor, de lo que he dicho;
¡que con este placer cualquiera olvida
todas las amarguras de la vida!

Sinesio Delgado.



Una desgracia.





Dentro de pocos días, Dios y la imprenta mediante, se pondrá á la venta un nuevo libro de nuestro colaborador José López Silva.

El libro se titula, para que se vayan ustedes enterando poquito á poco,

Los barrios bajos

y le forma una abundante colección de composiciones en verso, cuyo mérito no está bien que encarezcamos nosotros.

Del tomo titulado *Migajas*, del cual se hizo no hace mucho tiempo una edición copiosa, quedan muy pocos ejemplares.

Este buen éxito augura otro no menor para la nueva obra, que recibirán las personas de gusto como agua de Mayo.

Por hoy no puedo decir á ustedes más sino que se admiten encargos en contaduría, es decir, en la Administración de este periódico, que servirá los pedidos en cuanto el libro se termine.

El precio es de 3 pesetas.

Y para los libreros, corresponsales y suscriptores del MADRID CÓMICO, dos pesetas solamente.

Quedo á la disposición de ustedes con este motivo.

Habíamos quedado en que el material de incendios era detestable y en que la mayor parte de las veces los esfuerzos de los bomberos resultaban inútiles porque... se rompían las mangas.

Pues ahora ya podemos dormir con la mayor tranquilidad del mundo. Porque verán ustedes.

«La comisión de policía urbana municipal propondrá en breve al Ayuntamiento la renovación y reforma del uniforme de los bomberos.»

Propondrá en breve.

¡Sí, por Dios! Lo más en breve que se pueda, ¡porque con los uniformes actuales no funcionan bien los enchufes!

Leo:

«Desde el muro de la Cuesta de la Vega se arrojó ayer, desde una altura de unos treinta metros, un individuo llamado Matías Barroso, sufriendo éste gravísimas contusiones.»

Éste.

Es decir, el individuo.

¡Eso es escribir con precaución, para que no se crea que el que ha sufrido graves contusiones ha sido el muro!

Libros:

Hojarasca, lindísima é interesante colección de cuentos de D. Ricardo Fernández Guardia, que cultiva con extremado acierto género tan difícil. Un elegante tomo de más de doscientas páginas, impreso en San José de Costa Rica.

Arlequinada titula el Sr. D. Torcuato Ulloa á una colección de artículos humorísticos de costumbres que constituye un libro ameno de verdad. Precio: 2,50 pesetas.

Viento en popa, zarzuela cómica en un acto y en prosa, original de nuestro compañero Fiacro Yráyoz, música del maestro Jiménez, estrenada con gran éxito en el Teatro Eslava, donde continúa representándose.

Filosophía antigua poética del doctor Alonso López Pinciano, nuevamente publicada con una introducción y notas del distinguido catedrático de

Retórica y Poética de Valladolid, D. Pedro Muñoz Peña. Obra de indudable importancia y utilísima á cuantos se ocupan de literatura, que no son muchos por desgracia. Precio: 8 pesetas.

El derecho antiguo, parte especial que trata de la historia de testamentos, sucesiones, contratos y delitos, por H. Sumner Maine, traducción de don Anselmo Guerra. Forma el volumen 5.º de la Biblioteca jurídica de autores contemporáneos. Precio: una peseta.

Neurosis, colección de artículos y cuentos de D. José de Cuéllar, con un interesante prólogo de Salvador Rueda.

Sietas y matices (Galería filipina). Esta obra, original de Antonio Chá-puli y Navarro, le acredita de profundo conocedor de las costumbres filipinas y demuestra una vez más su cultura literaria verdaderamente notable.

Cada ejemplar de este libro, lujosamente editado, precedido de un bien escrito prólogo de D. Javier Gómez de la Serna, é ilustrado con característicos dibujos de Riudavets, cuesta solamente tres pesetas y cincuenta céntimos, cantidad que dará por muy bien desembolsada el curioso lector.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. F. R.—Las seguidillas son medianas. El epigrama, sobre ser inocente, tiene un modo y toaos que no son consonantes mientras no le nazca una s al primer vocablo. *Fácil lo conseguirías* no es castellano en el caso presente, sino «fácilmente lo conseguirías», que es lo que quiso usted decir.

El marido de la viuda que usted sabe.

¿La viuda que yo sé?...

¡que no le inspira á usted!

r. K ri.—Mi opinión es que eso es muy largo y con poca gracia.

Puñetasos.—Bien versificada; pero eso de las orientales ha pasado de moda completamente.

Un aficionado.—No resultaría mal si el asunto estuviese comprimido en ocho ó doce versos, todo lo más.

Juan Lanas.—Empieza usted:

«Mi buena amiga Conchita

guisa mal la pobrecita.

Y su madre muy ladina

siempre anda en la cocina.»

No empezaría mejor un pliego de aleluyas para la infancia. Porque esa madre ladina está pidiendo una viñeta alusiva al texto.

Sr. D. A. C.—Un aviso. El pie quebrado, para los versos de ocho sílabas, no puede pasar de cuatro.

Sr. D. M. V.—Ya se ve que no es personal. Pero es medianilla de suyo.

Un catalán.—Son vulgares ambos.

Muthurruquer.—¿Sabe usted, compadre, que hasta que se cae en la cuenta corre uno el riesgo de volverse loco?

Sr. D. M. D.—Son demasiadas penas ésas, y demasiado seriamente lamentadas para un semanario festivo.

Sr. D. J. G. I.—Eso pensábamos hacer, pero ocuparía demasiado. En el álbum que haremos al final, y que costará muy poco, irán también las coplas correspondientes.

Sr. D. D. R. O.—Muy bien... para un devocionario. Pero aquí no pegan ni con cola.

¿Acertó?—No señor, no; tampoco acertó.

¿Qué tal?—Pues... ¡si viera usted qué difícil es hacer hablar á la gente baja con gracia y carácter!

Fray Rastrillo.—La fe le salve á usted, porque si la fe no le salva, no sé dónde va usted ir á parar por ese camino. De seguro no es á versificar como Dios manda á sus creyentes.

David.—Gracias ambas. Sin embargo, por su índole especial prescindiremos de la primera. Mande la firma para la segunda; ó envíela de nuevo firmada, y es mejor.

Jota.—Me parece demasiado fuerte el asunto, ó por lo menos desarrollado con crudeza.

Sr. D. M. J. C.—La idea es vulgarísima, y además está diluida en un proceloso mar de endecasílabos.

Sr. D. C. R.—Se agradece su ofrecimiento, pero el periódico, por su índole, no requiere servicio de corresponsales de esa clase. Sin embargo... repito las gracias.

Sr. D. P. A.—Hay una cantidad de asonancias verdaderamente desesperante. Sin contar con que el asunto es inocente como una pajarita.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

MÁLAGA-MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º
Teléfono 934.